

LUIS BARRAGAN

BUENOS AIRES

EL PINTOR MISTICO DE AMERICA

Un conocedor que se enfrentase por vez primera con una colección de telas de Luis Barragán, sin estar prevenido de antemano, habría seguramente de sentirse tan impresionado por la extraordinaria calidad de su pintura como atónito ante el hecho casi inaudito de que la misma no haya alcanzado aún la nombradía que merece. Parecería "a priori" que ese desconocimiento debiera achacarse exclusivamente a la tan fustigada indiferencia de nuestro medio artístico, verdadera cortina de hierro que resulta por cierto en estas latitudes bastante más impenetrable que en otras partes del globo. No le faltaría cierta dosis de razón a quien así opinase, pero razón a medias. Y es que a poco que se estudie la obra de Barragán se advierte que existen otros motivos que explican su alejamiento del público aficionado a la pintura, motivos que surgen de la índole misma de su arte personalísimo.

En primer lugar, no se trata de un arte comunicativo. El mundo barraganiano es siempre una ventana a la cual es preciso asomarse, nunca un panorama que se nos entra por los ojos y por las narices. Como en ciertas leyendas medievales, para que el hechizo actúe con eficacia es necesario colocarse voluntariamente bajo su influjo. Puntualicemos que en el caso de Barragán ello bien vale la pena. Y si sólo es una minoría selecta la que es capaz de franquear espontáneamente ese umbral invisible, sería injusto atribuirlo exclusivamente a la falta de comprensión individual, toda vez que vivimos en una época que tiende a captar lo universal por medio de signos, si no universales, siquiera de vigencia colectiva. Ello se explica, por lo menos en parte, como reacción ante la actual multiplicación de las tentativas de lenguajes pictóricos, lo cual hace que los únicos expresionismos admitidos sean aquellos que dicen lo suyo de una manera incisiva y fácilmente inteligible. No se quiere aceptar que alguien, como en el caso de Barragán, pueda haberse creado un vehículo de expresión propio que no está directamente vinculado con las formas comunicativas corrientes. Demás está decir que un lenguaje semejante debe llevar en sí la posibilidad de ser comprendido por todos, o de lo contrario no estaría dentro del campo del arte. Pero sí puede requerir un mayor esfuerzo de capacitación estética, y aquí tenemos la dificultad. Existen sin duda plásticos brillantes que poseen el privilegio de impresionar con la materia antes de

transmitir su mensaje más profundo. Barragán no pertenece a ese género de artistas. El, como los pintores chinos de la época clásica, no exige más que su poco de meditación para ser comprendido. Su hermetismo, lejos de ser impenetrable, es de los que recompensan ricamente a los que aportan su grano de impersonalidad para descifrarlo.

Como lo anticipáramos hace un instante, Barragán no es tampoco particularmente interesante desde el punto de vista de la plástica, salvo quizá como exponente perfecto de concordancia entre forma y contenido. A esta altura de su trayectoria posee un dominio de los medios que es prácticamente absoluto, pero como son medios que sólo sirven para aprisionar determinados contenidos subjetivos, no consiguen enseñarnos nada ni detentan un valor plástico independiente. Barragán no puede ser imitado, ni podría inspirar legítimamente a otros pintores, ni llegaría jamás a fundar escuela. Es único, y aquí precisamente reside su grandeza y su limitación. No habrá de tener continuadores como no ha tenido precedentes, a pesar de su parentesco espiritual con los pintores egipcios y bizantinos. Se diría que él también proviene de alguna remota civilización plena de su propia esencia, y que su destino es recrear constantemente a través de sí mismo toda una forma de vida que ya no tiene igual sobre la tierra.

Desde luego que todo esto se aplica exclusivamente a la pintura del Barragán actual, que impresiona por su carácter de madurez y hasta de consumación. Si hacemos una breve recapitulación de la trayectoria plástica del artista, advertimos que, contra lo que pudiera creerse, su evolución ha sido más bien lenta y que sólo con sus obras más recientes ha terminado por recoger los frutos de su perseverancia. No han existido grandes experimentos, como así tampoco retrocesos ni desvíos. Sin duda una de las obras-claves de su primera etapa la constituye 'La búsqueda del amor', óleo cargado de un erotismo muy daliniano, en el cual notamos la presencia de todos aquellos elementos que más tarde iban a ser dejados de lado como lastre superfluo. Tales son la perspectiva geométrica y el claroscuro. A través de conjuntos de figuras todavía humanas estatizadas en un espacio irreal, como así también de imágenes trágicas que semejan altorrelieves, él va resolviendo sus propios problemas formales, guiado por un espíritu de síntesis que no claudica en ningún momento. Uno de los momentos más decisivos de este período de lentas transformaciones lo marca su incursión en el campo de los colores claros, que le iba a servir para abandonar definitivamente el espacio tridimensional. Seducido por las posibilidades de los mismos, siempre propicios a lo ensoñado y subjetivo, Barragán inicia una serie de óleos que muestran un peligroso debilitamiento de la línea. A este período pertenece su "Retratos imaginarios", estudio en evanescentes tonalidades nacaradas. Se comprende que al propio autor le haya resultado difícil sustraerse al plácido encanto poético de este tipo de obras.

Pero Barragán no tarda en reemplazar los colores claros por tintas incisivas vibrantes, enmarcadas por una línea cada vez más

segura de sí misma, por lo general destacada en negro o en azul. La aventura le ha servido además para comprender la importancia de la superposición de planos rellenos de color uniforme. Sus imágenes, plenas por momentos de una vida más intensa que la de aquellos que las contemplan, habitan ahora un espacio propio, que adquiere en ocasiones una profundidad insospechada. En esta última etapa los colores se combinan de acuerdo con una lógica peculiar que hace posibles los contrastes y modulaciones más inesperados. El claroscuro ha desaparecido por completo y la línea llega a ser tan vigorosa como la de Léger. Los empastes alcanzan una seguridad pasmosa.

Todo este resultado plástico lo utiliza Barragán exclusivamente para orquestar una construcción subjetiva que no tiene paralelo en la pintura de América. Su arte podría reivindicar para sí con justicia el vapuleado calificativo de "abstracto", puesto que su abstracción del mundo exterior es completa. Si alguien creyera refutar nuestro aserto señalando que su uso de la figura humana coloca a Barragán entre los artistas figurativos, le contestaríamos que lo que él pinta no son en manera alguna fímulas humanas, ni como contenido ni como pretexto formal. Es verdad que en un cierto momento de su trayectoria nuestro artista ha tomado una forma representativa del mundo exterior, pero también lo es que la misma ha sido moldeada y reelaborada hasta tal punto que ha terminado por adquirir una significación completamente diferente de la primitiva. Nada resta ya de la casi inevitable asociación mental que la une al plano de lo concreto. Como lo hicimos notar anteriormente, las imágenes que pueblan los cuadros de Barragán no son sino una nueva especie de signos, mucho más independizadas de la forma y sentido originales que las mujeres picassianas de "Guernica", por ejemplo.

Ahora bien, como fatal consecuencia de su consagración integral al perfeccionamiento de un medio expresivo determinado, la temática de Barragán resulta pobre, aún dentro de su propio terreno subjetivo. Aprisionado en la malla de su propia creación, el artista encuentra más y más dificultades para guiarnos por su mundo. Intenta hacerlo mediante variaciones tan sutiles como los cambios tonales en la música hindú, pero el juego de imágenes puede fácilmente volverse tan hipnótico como aquella. La captación del mensaje de belleza se hace por supuesto cada vez más difícil. Pero como para probarnos que su fuerza creadora está lejos de estar agotada, de cuando en cuando nos topamos con alguna nueva tela que nos revela algún aspecto inédito del mismo trasmundo fascinante.

A pesar del peligro de cristalización formal que dejamos apuntado, la austeridad y el voluntario renunciamento de Barragán a todo lo que no sea expresión de su visión interior nos parecen extraordinariamente dignos de admiración y respeto. El no teme el calificativo de "petit maître", al cual lo harían acreedor por un lado su maestría en lo suyo, y por el otro su peculiar limitación. De todo ese vasto universo de cosas que puede servir de tema a la pintura, Barragán ha elegido poco, pero ha elegido bien. El sabe que no pertenece a la casi fabulosa raza de los Picasso o de los Klee, caballeros andan-

LUIS BARRAGAN

tes de la plástica, dominadores en cien combates del dragón de la forma. Prefiere ser más bien, como sus antepasados hispanos, el modesto imaginero que va iluminando laboriosamente un leño con la belleza de su fe.

No, Barragán no es un pequeño maestro. No lo puede ser nunca quien consigue plasmar sobre esta tierra una visión de alta y perdurable hermosura. Tampoco es un genio de la pintura, cierto, ni paga el precio que por serlo deben pagar los genios. Pero se puede ser grande de otras maneras, y Barragán lo es. Nos atrevemos a predecir que su obra sólo irá siendo conocida gradualmente, a través de pequeños círculos que habrán de extenderse sin pausa ni prisa como la estrella de Goethe. Esperemos por el bien de la cultura nacional que dicha apreciación se desarrolle en primer término en nuestro país, para que un buen día no vengan a decirnos que lo hemos ignorado a Barragán como en su época los norteamericanos lo ignoraron a Whistler.

LIONEL GIBSON